

hemisferio. Creo que no faltó a la verdad al afirmar que los educadores y hombres públicos de la América Latina son más generosos en su reconocimiento del tesoro cultural de los Estados Unidos que lo es nuestro país con relación a la aportación de la cultura latina a nuestro acervo educativo. En un discurso que pronunció recientemente en Santiago de Chile don Carlos A. Dávila, embajador de esa república en Washington, dijo que los Estados Unidos eran en estos momentos "el crisol más importante de civilización y de cultura". Supongo que estamos dispuestos a reconocer la verdad de dicha aseveración, pero ¿estamos igualmente dispuestos a reconocer que esos países poseen una civilización que se remonta hasta los incas y los mayas, en tiempos muy anteriores a la llegada de Colón?

"La parte sur de los Estados Unidos y especialmente el Estado de California, deben a México su iniciación y sus primeros pasos, tanto en la religión cuanto en la educación, y, sin embargo, hasta ahora estamos cayendo en cuenta que hemos prescindido de grandes riquezas en el arte y en la arquitectura, en la música y en las letras, por no haber incorporado dichos elementos en nuestro desarrollo posterior.

"Nos hemos fijado en nuestras relaciones comerciales con México, y estoy dispuesto a reconocer que aun estas puedan contribuir al desenvolvimiento cultural de ambos países. La carretera que se propone abrir a lo largo de la costa occidental, no sólo significará el fortalecimiento de nuestras relaciones comerciales con México, sino también llegará a servir de camino real para todos los peregrinos del cuerpo y del espíritu, tanto en México como en los Estados Unidos. . .

"Cada niño nacido de la vida de la masa anónima de los indígenas mexicanos trae consigo al mundo una alacritud para comprender la belleza y un talento artístico que, si se les diese una oportunidad de expresarse, enriquecerían toda la civilización de nuestro Continente. Reconociendo este hecho los educadores prominentes de México, hoy no solamente se están preocupando

por dotar con un solo idioma a todos los grupos dispersos y por impartirles los conocimientos más rudimentarios, sino también por la vida estética y artística de las comunidades. Están aplicando ese sentido de la belleza a los trabajos comunes de la gente común. Las escuelas rurales de México, que cada día aumentan de número, son algo más que escuelas tal como nosotros entendemos la palabra. Son "casas del pueblo" y ahí se está forjando el carácter de los asistentes a la vez que se les despierta el sentido social y que, sobre una base educativa, se crea un conjunto de ciudadanos que en el porvenir pueda implantar y sostener una democracia verdadera. . .

"Un gran educador ha dicho: "La educación pertenece al orden de las cosas imperecederas". Pero no deben imponérsele limitaciones de nacionalidad: debe abarcar todas las razas y todos los climas. Desde el punto de vista cultural, nos enriquecemos o empobrecemos de acuerdo con nuestra capacidad para entendernos histórica y temperamentalmente.

"Hay mucho que podemos dar a los mexicanos, pero ellos, a su vez, tienen mucho que darnos a nosotros. . .

"Las fórmulas educativas de todos los países sufren modificaciones sin cesar, pero el espíritu educativo, que es imperecedero, es un resultante de la cultura de todos los tiempos y de todas las naciones. Es a través de las relaciones culturales, mediante este procedimiento de mezcla cultural, que llegaremos al fin a esa comprensión general que habrá de unir a los hombres de todas las razas en lazos de armonía y de fraternidad. Y ese día desaparecerán las sospechas que hoy dividen a México de los Estados Unidos, y en vez de desconfianza y de rivalidad surgirá un espíritu de franca y leal cooperación."

INVESTIGACIONES RECIENTES SOBRE LOS AEROLITOS

El doctor George Frederick Kunz, del Museo de Historia Natural de los

Estados Unidos, acaba de llevar a cabo una serie de trabajos sobre la composición de los aerolitos y ahora rinde sus informes.

Dichos informes, importantes bajo todos los puntos de vista, adquieren un interés especial si se relacionan con las teorías de cierto grupo de biólogos que, en su afán por alejar el inevitable problema todo lo que resulte posible, sostienen que la vida, lejos de haber surgido espontáneamente en nuestro planeta, le vino de fuera: es decir, que hay que buscar la primera manifestación terrestre del fenómeno en la llegada de algún microorganismo anónimo que, después de haber resistido el frío del espacio y el ataque mortífero de las diversas radiaciones que lo surcan, llegó en estado letárgico a la Tierra, y pudo, además, adaptarse a las condiciones del medio. El doctor Kunz manifiesta que, después de haber estudiado más de ochocientos meteoros, y a pesar de haber descubierto que contienen treinta y uno de los ochenta y siete elementos conocidos, nada ha encontrado que pueda indicar que existan manifestaciones biológicas fuera de la esfera que habitamos. Sin embargo, tampoco es de suponerse que el profesor pudo seriamente pensar en que encontraría tales indicios: la vida exige una serie de requisitos que tan rara vez deben hallarse reunidos y se desarrolla en campos aparentemente tan reducidos, que aunque se trata de verdaderos fragmentos de un planeta despedazado, las probabilidades de conseguirlos serían tan absurdamente insignificantes, que ni siquiera se pueden tomar en cuenta. Pero la parte más efectiva de sus trabajos queda, inútil decirlo, incólume.

De igual interés resultan las declaraciones, también recientes, del profesor Fairchild, de la Universidad de Rochester, sobre el famoso "Meteor Crater" de Arizona, que desde hace ya tantos años viene siendo materia de acalorada discusión por parte de los geólogos de allende el Bravo. Esa curiosa formación, que se asemeja a una enorme ponchera incrustada casi hasta los bordes en el desierto, se halla

cerca del Cañón del Diablo, y mide cerca de un kilómetro y medio de diámetro. Su profundidad es de unos doscientos metros, aunque se considera que en un principio debe haber sido casi el doble; los bordes, sin embargo, no sobresalen más que en unos cuarenta metros sobre el nivel de la llanura circunvecina.

Convencidos los expertos por la presencia de materias ferruginosas en las inmediaciones del cráter, que éste había sido abierto en épocas remotas por el impacto de algún enorme aerolito sobre la superficie terrestre, y creyendo que dicho aerolito debía encontrarse enterrado debajo de los depósitos acumulados en el curso del tiempo sobre el fondo de la taza, practicáronse perforaciones que llegaron hasta una profundidad de mil cuatrocientos pies. Algunos creyeron entonces que se había encontrado el aerolito, y pensóse que, de ser éste de hierro, tendría un diámetro de cuatrocientos pies y un peso de diez millones de toneladas y que poseería, por lo tanto, un valor comercial sumamente elevado. Desgraciadamente a esta profundidad se tuvieron que abandonar las labores por haber quedado inamovilizada la cuchara. Posteriormente se llevaron a cabo otros trabajos, también con resultados negativos. Sostiene ahora el profesor Fairchild que los investigadores han estado trabajando sobre una base falsa, ya que, de tratarse de un bólido de carácter metálico, los bordes del cráter, que indiscutiblemente deben su origen al impacto del cuerpo, sobresaldrían bastante más de lo que ocurre en la realidad. Alega, por lo tanto, que el meteoro debe haber sido de composición rocosa y hubo de despedazarse cuando se produjo el choque, con excepción de los diversos fragmentos metálicos que formaban parte del cuerpo, y que en ese momento fueron esparcidos dentro de un ámbito de siete kilómetros. Los otros constituyentes, según el mismo profesor, ya se han disgregado totalmente bajo la acción de las lluvias, explicándose de esa manera la desaparición casi

completa de la masa principal del bólido.

El mismo doctor Fairchild sostiene que los meteoros de esta clase, o sea los de carácter rocoso, se encuentran, con relación a los de naturaleza metálica, en proporción de treinta y cinco a uno; pero ocurre que los primeros, por su misma composición, desaparecen inmediatamente después de tocar la superficie.

El interés suscitado por las declaraciones de Kunz y de Fairchild ha hecho que se rememoren algunas de las caídas de meteoros más notables de que se tiene noticia, y entre ellas la ocurrida en una región casi despoblada de Siberia, el 30 de junio de 1908. "Como el aerolito cayó en un sitio muy apartado—escribe un experto—no es sino en el curso de estos últimos años que ha merecido la atención de los periódicos de carácter científico. Los únicos hombres civilizados que han visitado el sitio donde cayó, son el geólogo ruso Leonid Kulik y sus compañeros, que hicieron una tentativa para llegar a dicho punto en 1921 y sólo lo consiguieron en 1927. Sobre una superficie de más de sesenta millas de diámetro la destrucción de los bosques ha sido total. Los árboles yacen acostados por tierra en dirección opuesta al punto de impacto, han perdido su ramaje y hay muchos indicios de fuego. En donde se registró el cataclismo existe ahora una depresión en forma de cráter. Los aerolitos impelen ante sí una gran masa de aire comprimido que se halla, además, a una temperatura elevadísima: cuando ésta choca contra la tierra se produce un verdadero huracán de fuego, que es lo que causó la destrucción de los bosques.

"Las versiones que dieron los habitantes que se hallaban en esa región, pero, naturalmente, fuera de la zona de destrucción total, resultan verdaderamente terroríficas, y las detonaciones

se oyeron a más de mil kilómetros. En Inglaterra y en otros países de Europa, la luz crepuscular se prolongó en forma insólita durante esa noche, y también se observaron puestas de sol semejantes a las que se vieron, si bien en forma más intensa, a raíz de la erupción del Krakatoa."

Por otra parte, hace poco que se supo la noticia de que el 10 de octubre del año próximo pasado el joven Lawrence Swank, empleado en una estación de gasolina en Crawfordsville, Indiana, estuvo a punto de perder la vida debido a un accidente que seguramente hasta esa fecha no había sido tomado en cuenta por las compañías de seguros. Conducía Swank un automóvil de su propiedad a una velocidad aproximada de treinta y cinco kilómetros por hora como a las diez de la noche, cuando de repente y precedido por un fuerte silbido, el fragmento de un aerolito, del tamaño de una naranja, atravesó estrepitosamente el radiador de su coche. Swank creyó en un principio que había sido víctima de un asalto y se concretó a acelerar la marcha. No fue sino hasta después, cuando se dieron cuenta él y otras personas del tamaño de los orificios causados por el proyectil, y encontraron además un pequeño fragmento de dicho objeto incrustado dentro del generador, que pudo precisarse la naturaleza del accidente. Otros vecinos atestiguaron que, a la misma hora en que esto ocurría vieron un bólido que cruzaba el firmamento, ligeramente abajo del disco lunar. El proyectil que cayó sobre el coche de Swank, naturalmente, no puede haber sido más que un pequeño fragmento de dicho aerolito, semejante a otro que se encontró en las inmediaciones y que también ha sido examinado por diversos miembros de la facultad del Colegio Wabash. Aunque de escaso valor científico, la aventura de Swank no deja de resultar un tanto extraordinaria.

R.